

ba entonces el singular papel, papel difícil, inesplicable para la nacion española, de mediador y protector de la familia reinante.

Parecia Murat un buhonero de coronas, segun las resolvía con familiaridad en su lengua de soldado.

Especie de divan para aquellas dos débiles mujeres, le escuchaban con tanta veneracion y tan sumisas que más que reinas tomáraselas por vasallas del gran duque, de S. A. R. é I., como le titulaban á cada momento con humilde insistencia.

Y se comprende muy bien tanta humildad, ó mejor dicho, tanta humillacion.

María Luisa le suplicaba restituyese á las sienes de Cárlos la corona que este habia abdicado en su hijo, *por violencia* y contra su voluntad.

La ex-reina de Etruria, que no esperaba recobrar la suya por no convenir esto á los intereses del gran emperador, pretendia la resarcieran con una parte del reino lusitano.

La que más afan demostraba entre ambas reinas, era María Luisa.

Entretanto su hijo, ya en Bayona, confiaba, aunque no tanto como en dias anteriores, en su reconocimiento por Napoleon Bonaparte.

María Luisa, no conceptuándose segura entre las tropas españolas, —bien escasas por cierto, —habia pedido al generalísimo *una guardia francesa* (1).

El cuñado de Napoleon sirvió en esto á la reina con exquisita puntualidad.

(1) Historia del C. de Toreno. —Desgraciadamente, y para que no se nos tache de osados, nos ceñimos á la historia como la hiedra al fresno.

En el momento á que nos referimos, la reina de Etruria callaba, pero tenia la palabra María Luisa.

—Querido príncipe, decia, —V. A. no debe inquietarse por eso: la gota no privará á Carlos de escribir en su misma cama.

—En ese caso, señora, —repuso Murat, —dígnese V. M. dar al rey este borrador que traigo escrito á prevención. — Y alargó á la reina un manuscrito.

María Luisa lo tomó, cogió en seguida un tintero y se encaminó al dormitorio del rey.

En el ínterin la reina de Etruria reanudó su conversacion con el gran duque.

—¿Con que persistís, monseñor, en asegurarme que tendré para mi hijo siquiera el vireinato de Portugal?

—Casi os lo juraria, —respondió Murat, —tengo pleno conocimiento de las intenciones de mi cuñado en ese punto, y así no vacilo en repetiros mis seguridades: fiad en mí y en la amistad que es profesada el emperador.

—¡Oh! cuánto le agradeceré esa prueba de su afecto, querido príncipe; y á vos tambien, querido príncipe, ¿cómo acertaré á agradeceros nunca el interés que por mí os habeis tomado?

El general Murat sonrió galantemente á la reina de Etruria, y dijo:

—Sois bastante hermosa, mi querida amiga, para que cuadren bien á vuestros lábios esas escusas.

—Ese nuevo favor tengo que agradeceros, —respondió la de Etruria pagando al caudillo francés su sonrisa y tendiéndole una mano que aquel estrechó contra sus lábios.

Luego añadió:



—En ese caso, señora, —repuso Murat, —dígnese V. M. dar al rey este borrador.



—¿Qué me decís acerca de la suerte del pobre Príncipe de la Paz?... ¿Podrá contársele libre?...

—Seguramente. Ya he dicho á la reina lo bastante respecto á esto; el príncipe es uno de mis mejores amigos y el emperador le quiere porque está seguro de su adhesion.

—¡Ah! en cuanto á su adhesion al emperador, no podeis dudarle: todos nos confiamos á él, y ya lo veis, el rey no hace nada sin vos, que sois su amparo y su guia en estas difíciles circunstancias.

—Pues bien,—continuó Murat,—yo he respondido ya por mi honor, y vuelvo á jurarlo sobre mi espada, que pronto el Príncipe de la Paz quedará en libertad de emprender su viaje á Francia.

—Mirad, monseñor, que tiene muchos enemigos.

—¿Y qué importa? Yo, en cambio, tengo un ejército con que destruirlos, con que aniquilar á esos enemigos á quienes ni la reina ni el rey, ni vos debeis temer, mientras os defienda el brazo de Joaquin Murat.

—Por esa parte, gran duque, tenemos una completa seguridad. Pero ahí teneis á la reina que vuelve.

Con efecto, la reina apareció trayendo en una mano el borrador que la habia dado Murat, y en la otra una copia del puño y letra de Carlos.

—A pesar de los dolores, ya lo veis, gran duque, no ha vacilado en escribir á la Junta.

Y entregó al duque de Berg la carta.

Estaba dirigida al presidente de la Junta superior de gobierno, de que era presidente el hermano del rey.

Por una de esas anomalías de que tanto abundó aquella época de confusion y desconcierto, dicha Junta se habia formado para suplir á Fernando en su ausencia, y el ex-

rey la comunicaba é imponía sus órdenes.

La carta que Murat repasó luego que la reina se la hubo entregado, decía así:

«Muy amado hermano (1).
 «El 19 del mes pasado he confiado á mi hijo un decreto de abdicacion. En el mismo dia estendi una protexta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto y forzado por las críticas circunstancias... Hoy que la quietud está restablecida, que la potestad ha llegado á manos de mi augusto amigo y fiel aliado el emperador de los franceses y rey de Italia, que es notorio que mi hijo no ha podido lograr le reconozca por este título... declaro solemnemente que el acto de abdicacion que firmé el dia 19 del pasado mes de marzo es nulo en todas sus partes; y por eso quiero que hagais conocer á todos mis pueblos que su buen rey, amante de sus vasallos, quiere consagrar lo que le queda de vida en trabajar por hacerlos dichosos. Confirmando provisionalmente en sus empleos de la Junta actual de gobierno los individuos que la componen, y todos los empleados civiles y militares que han sido nombrados desde el 19 del mes de marzo último. Pienso en salir luego al encuentro de mi augusto aliado, despues de lo cual trasmitiré mis últimas órdenes á la Junta.—San Lorenzo 17 de abril de 1808.—Yo EL REY.—A la Junta superior de gobierno.»

El general Murat dobló y guardó tranquilamente aquel extraño documento, y se dispuso á salir.

—¿Os veré pronto, gran duque?—preguntó María Luisa alargándole su mano.

—Ignoro si podré volver con facilidad,—respondió el

(1) Memorias de Ofarril y Azanra.

duque de Berg, —porque tengo que escribir sobre muchos asuntos á la vez á mi hermano el emperador; sin embargo, V. M. lo sabe muy bien, que desde Madrid puedo servirla como si estuviera aquí en persona.

—Gracias, gran duque. ¿Y el Príncipe de la Paz?

—No teneis que temer, señora; ya os he dicho que está bajo mi proteccion y que lo arrancaré de su prision á pesar de todo.

—Mirad, monseñor, que está bajo la custodia de los guardias, y que tal vez...

Murat se sonrió con desprecio de los temores que manifestaba la reina, y añadió:

—Confie V. M. Los guardias de Corps no osarán impedir que el Príncipe de la Paz se encuentre dentro de seis ó siete dias camino de Bayona, bien seguro y escoltado por tropas del ejército imperial.

—¡Qué decís, gran duque! ¿será posible?

—Y tanto, señora.

—Es decir que acaso nos acompañará...

—No, señora; se anticipará algunos dias á vuestras magestades.

Murat se despidió al decir esto, con la altanería que le era tan natural, estrechando con aire de proteccion las manos que á la vez le presentaban la reina de Etruria y María Luisa.

Esta volvió á recomendarle no olvidára al *pobre* Príncipe de la Paz.

Aquella recordó á Murat con una encantadora sonrisa el futuro vireinato de Portugal, á cambio del de Etruria que se habia quedado á Napoleon entre los dedos, para completar su corona de rey de Italia.

Pocos minutos despues tomaba la vuelta de Madrid,

rodeado como siempre de su numeroso y brillante estado mayor y seguido por dos nutridos escuadrones de caballería.

Más adelante sabrán nuestros lectores el interés que María Luisa tenía en que la Junta de gobierno obedeciera al ex-rey Carlos IV.



completar su corona de rey de Italia.
pocos minutos después tomaba la vista de Madrid.
Aquella noche a María con sus cariñosos
el famoso yreinte de Portugal, a cargo del de Brumis
que se había dirigido a Nápoles antes de ir a
para

CAPITULO XIII.

La firmeza de María.

Luego que Enrique y el tabernero llegaron á su casa con el feliz hallazgo de María, esta quiso llenar su promesa.

Después que reveló en parte el suceso de que habia sido víctima aquella noche, llamó aparte á su novio, y le dijo con una seriedad digna de otro asunto ménos odioso para el corazon humano.

—Enrique: tú me amas como siempre, ¿no es cierto?

Utrera se quedó mirándola fijamente largo rato sin acertar á comprender lo que su amante queria decirle con aquel solemne misterio.

—¿Sigues amándome como siempre?—volvió á preguntar.

—¿Puedes dudarlo María?—respondió el jóven.

—¿Y persistes en hacerme tu esposa?

—O renegar de cuanto hay para mí de más sagrado en el mundo.

—Pues bien; vas á darme la primera prueba de tu cariño; sino, si te niegas, entonces no te creeré.

—Habla, ¿qué prueba quieres?

—Antes dame tu palabra de que cumplirás lo que yo te mande...

Utrera se quedó perplejo, sin saber qué decir ni qué pensar de todo aquello.

—Enrique: ¡tu palabra!— insistió María con un tono imperioso que se le hizo tanto más extraño á su amante, cuanto conocia este el carácter hasta entonces tímido de María, quien añadió como ofendida por la indecision de Utrera.

—Qué... ¿temes acaso que yo abuse de tu palabra? ¿Desconfías de mí?...

—No,—respondió el jóven,—pero...

—Descansa, Enrique: nada te propondré que sea indigno de tu honradéz y de tu nobleza; muy al contrario; pero dame tu palabra de acceder á lo que te pida...

—Pues bien, la tienes. ¿Qué más deseas?

—Ahora tan solamente que la cumplas.

—Y la cumpliré, María.

—Es bien fácil, Enrique, ahora escúchame: he hecho á esa mujer que se llama mi madre, una promesa.

—¿Qué la has prometido?

—He hecho más, querido mio: he jurado que no tan solamente no volverás á inquietarla, sino que te opondrás á que nadie hable del asunto que se refiere á mi nacimiento.

—¿Qué es lo que has hecho María!— exclamó D. Enrique asombrado,—¿sabes tú lo que has prometido?

—Lo sé perfectamente: ¿qué tiene de singular?

—Tiene, y mucho: has renunciado á encontrar una madre...

—¡Una madre!... ¿estás en tu juicio, Enrique? Mi madre una harpía; una mujer sin corazón mi madre... Sin duda te has vuelto loco.

Utrera replicó:

—Pero aun cuando sea mala, aun cuando tenga mal corazón como dices, y es cierto, la felicidad de poder acreditar que es tu madre... luego el nombre que...

—Basta, Enrique, no prosigas; yo no podré conformarme jamás con una desgracia semejante: ¿no me has querido siempre tal como era?...

—Sí, pero...

—Pero no me quieres ya sino bajo otras condiciones, ¿eh?

—María... no seas injusta conmigo; yo te querré mientras viva, sin otro galardón que el galardón inestimable y precioso de tus virtudes, de tu hermosura...

—Pues bien: te creo, pero dime que cumplirás mis ruegos...

—Pero María...

—¡Silencio! ahora soy yo quien mando; será la primera y última vez, mas quiero se me obedezca.

—¡Bien, María! es una locura; pero te prometo no dar un paso que perjudique á tu madre...

—No basta eso; es preciso que te interpongas entre ella y los que quieran sacar partido de su secreto.

—Me opondré, María, me opondré con todas mis fuerzas; ¿qué más quieres?

—Júralo, júrame no faltar á tu promesa.

Enrique, obedeciendo á María, juró.

María dirigió entonces una mirada en derredor.

El tabernero se había entrado en las habitaciones inte-

riores, y su mujer permanecía en la puerta de la calle.

—Enrique, para que veas cuánto aprecio tu acción,— dijo María,—quiero darte una prueba...

Don Enrique vió que la jóven acercaba al suyo su rostro bañado en rubor, y comprendió qué prueba iba á recibir.

Imprimió, pues, el primer beso en aquellos virginales lábios, con todo el ardor; pero también con todo el respeto de su pasión por aquella jóven adorable á quien debía hacer su esposa tan en breve.

Don Enrique cumplió bien pronto su palabra, y obtuvo del tabernero, así como también de la amiga de Eugenia, que poseía el secreto, que dejarán en paz á aquella madre desnaturalizada.

Petra Ruiz por su parte, ofreció no maquinar en contra de la que había sido su ama ó más bien la inagotable mina de su ambición.

Eugenia aparentó confiar en la ex-doméstica, pero en realidad la miraba como su único peligro.

Cuantas veces se la presentaba el baron, otras tantas temía llegase ya con la noticia de su secreto: y si por acaso faltaba á la hora puntual, á la hora en que acostumbraba visitarla, ya su zozobra no la permitía descansar un momento.

A cada paso veía con terror que el baronazgo podía escapársele de entre las manos.

El nombre de Petra Ruiz pendía sobre su cabeza cual otra espada de Damocles, amenazador, terrible.

Eugenia quiso abrogarse entonces, respecto de su criada, las facultades de la Providencia.

Dió en ocuparse de su destino, de su suerte, con una asiduidad, con tal solicitud que Petra misma se hubiera

admirado de inspirar tales sentimientos, un recuerdo tan tenáz en la mente de su antigua señorita.

Evidentemente la presencia de la ex-criada en Madrid era muy peligrosa, y en la ocasion ménos pensada, en un acceso de aquella *enfermedad crónica* tan memorable, volvería á tomarla por su paño de lágrimas.

Pensó en curarla radicalmente, y para esto reflexionó largamente acerca de los medios que emplearía.

Pensó en que, destruida la causa cesarian los efectos; pero semejante axioma le pareció demasiado grave.

Valia tanto aquello como apagar un incendio arrojándole muchos combustibles.

Sabia por experiencia que los secretos no están nunca bien depositados; y para curar radicalmente á Petra necesitaba un auxilio, un confidente: más que todo esto un ejecutor.

Rechazó, pues, la primera idea, pero su imaginacion activa, incansable, concibió la segunda.

Esta era, sobre realizable, de todo punto sencilla.

Eugenia, por sus afecciones con el baron del Pino, se relacionaba muy intrínsecamente con varios generales del ejército francés, contándose entre ellos al general Grouchy.

Un dia resolvióse á hablar á este personaje, y efectivamente consiguió su deseo en el que fué palacio del Príncipe de la Paz, y á la sazón era el alojamiento del gran duque de Berg y Cleves.

Grouchy la recibió con estremada galantería.

—¿En qué debo tener el honor de serviros, señora?

—En un asunto sencillo y grave á la vez.

—Espero vuestras órdenes.

Eugenia repuso con fingido terror:

—Se trata de una persona que amenaza mi seguridad, mi vida...

—¡Señoral...

—Que cual si fuera mi sombra me sigue á todas partes, vela mis menores pasos y abusa de mi situacion exigiéndome todos los dias sumas considerables.

—¿Y esa persona es?...

—Una infame mujer, una gran criminal á la cual están asociados hombres sospechosos que velan por ella y participan de sus rapiñas.

—Pues entregadla á la justicia, señora.

—Entonces corria yo mayor peligro.

—¿Qué deseais, pues?...

—Deseo que Vd. me preste su auxilio, general, y que sin alegar razon de ningun género, mande Vd. reduzcan á prision esa mujer, pero en una prision segura.

—Un buen sitio se me ocurre.

—¿Cuál?

—En los calabozos del cuartel de San Gil.

—¿Cómo, entre los soldados que podais tener sufriendo arresto?

—No es forzoso: se la pondrá incomunicada. ¿Y se llama...

—Petra Ruiz.

—¿Me dareis las señas de su habitacion?

Eugenia dió las que ya conocen nuestros lectores.

—Id tranquila, señora; esta noche á las once será buscada y conducida con las mismas formalidades que si se tratara de un reo de Estado.

—Recomiendo á Vd. que nada diga de esto al baron, mi querido general.

—¿Pues qué no sabe?...

—¡Oh! ¡Dios me libre de tal: no estaria tranquilo un momento!—se apresuró á decir Eugenia.

—¡Afortunado baron! ¡baron afortunado!—exclamó el general Grouchy, saludando con este piropo á Eugenia, que, con el corazon lleno de gozo, se despidió regalando al francés su mejor sonrisa.

Por lo que se vé, aquella mujer diabólica habia llegado á comprender que la libertad era nociva para la salud de su antigua criada; y proveyó incontinenti y del modo más gratuito á esta necesidad imperiosa.

¡Júzguese cuál seria la sorpresa de Petra Ruiz cuando á las once de aquella noche se vió apresar por una partida de soldados franceses!

En vano alegó su inocencia, su adhesion á las tropas imperiales, su ignorancia absoluta del crimen ó delito que pudiera imputársela.

Tan solo uno de sus corchetes hablaba un poco el español, pero desgraciadamente para Petra Ruiz era ó se hacia el sordo con desesperante propiedad.

Quieras que no quieras no tuvo excusa, y fué conducida con los honores de un prisionero de guerra al cuartel de San Gil; cuartel tristemente célebre pocos dias despues por haber sido el depósito en donde permanecieron las víctimas bárbaramente mandadas arcabucear por el inhumano Murat.

Bien lejos estaba de sospechar la pobre y desconsolada mujer quién era el autor, ó más bien, cuál era la causa de su inmotivada prision, prision tanto más extraña, cuanto que nada tenia ella que ver con los franceses á quienes la debia.

CAPITULO XIV.

Reminiscencias de un desafio.

Así las cosas en cuanto á nuestros personajes, y creciendo con terrible ímpetu la ansiedad pública, las complicaciones de carácter general cedían su lugar á hechos particulares que no por eso ejercían ménos influencia en los ánimos, pues cualquier pretexto para el ya indignado pueblo de Madrid, era motivo de disension y ruidos parciales que más tarde habian de tomar un carácter y un giro por demás imponentes.

El general Murat, envanecido con las glorias por él adquiridas al lado del terrible Napoleon, harto de títulos y grandezas, cercado de adulaciones y agasajos, donde quiera temido, en donde quiera infatuado con el prestigio de su nombre, llegó al punto de que su vanidad le hiciera cada vez más intolerante, más odioso, alcanzando esto, como es natural, á los que principalmente sostenian su pompa: esto es, á sus soldados.

Frecuentemente habia que lamentar algun desastre de esos que jamás se evitan fácilmente cuando se trata de la dignidad de un pueblo grande, altivo, y que como todo país hospitalario y generoso, rechaza con la fiereza de quien se siente por tradicion y por potencia inconquistable la sola idea, la suposicion más vaga é insegura de que pudiera imponérsele un yugo capaz de inclinar con su peso frentes que no basta á humillar el polvo mismo de las tumbas.

La historia de las naciones suele mostrarnos á cada paso, no con su dedo, sino con sus más verdes laureles, aquellos pueblos que más se distinguieron por su valor indomable, por sus virtudes cívicas, por su fiereza, por su abnegacion.

Tambien nos habla de los mártires, de los héroes...

Y desde la creacion del mundo, desde que las razas se extendieron sobre él buscando el paraje que más conviniere á sus aspiraciones, á sus costumbres, á sus necesidades; y desde que la ambicion hizo brotar la rivalidad entre los hombres, la historia vá, de edad en edad, de siglo en siglo, arrojando á las posteridades nombres tan preclaros como los de Mucio Scévola, Sócrates y Caton...

La antigua Sparta fué cuna de aquella raza que no pudiendo vivir sino para la guerra, tenia madres tan excesivamente varoniles que despeñaban sin piedad aquellos de sus hijos cuya mala estructura, cuya deformidad los hacia inútiles para las batallas. ¡Sublime ejemplo de bárbara abnegacion, grandioso desprendimiento de aquellas matronas cuyas entrañas convirtió la necesidad en *minas de soldados*, cruel y horrible virtud de la raza más firme y sagáz que conocieron los tiempos!

El valor alcanza á todos los países del mundo; en todas

las naciones el valor pátrio garantiza su autonomía contra la agresión de que puedan hacerles víctimas los más fuertes.

Pero tan solamente á la vieja y poderosa Roma cupo el encontrar una Numancia...

¡Numancia!... No es dable pronunciar este nombre venerando, sin un sentimiento profundo de admiración.

La misma Roma se horrorizó al pasear su triunfante carro sobre aquellas cenizas, heróicos despojos de una ciudad aun más heroica...

Pues bien: esa Numancia, que *primero fué quemada que vencida*, dejó sobre la frente de los iberos, sus hermanos, el inmarcesible laurel de su heroísmo...

Por eso, si las demás naciones producen hombres de valor indomable, España, la patria de los *numantinos*, es la única en cuyo suelo nacen y se multiplican los héroes.

Y si no, ahí están Gerona y Zaragoza, esas Numancias del siglo XIX... Ellas enseñaron al coloso de Austerlitz, de Jena y de Marengo, que en la superficie del globo tan solo hay un suelo inconquistable, y que antes podrán reducirse á polvo las columnas de Hércules, que uncirlas al carro victorioso de los modernos Atilas.

Si aun pudiera, en el trascurso del tiempo, algun conquistador afortunado, ceñir en una sela diadema los dos continentes, en vano suspiraría por completar esa misma corona gigantesca que decimos: le faltaría siempre su más precioso brillante, su joya más preciada.

Y pues que escribimos *para españoles* la palabra *Dos de Mayo* nos evita designar esa joya «por la cual en vano suspirarán todos los ambiciosos del mundo!»

Decíamos que el heróico y altivo pueblo de Madrid

contenia ya á duras penas el sacro fuego de su indignacion.

Los alardes del caudillo francés anublaban á cada paso la frente de los ciudadanos.

No satisfecho Murat de sus secretas intrigas, de sus maquinaciones, quiso añadir á la ofensa el reto.

Hospedado en el seno de una poblacion pacífica é indefensa, que acababa de recibirle como amigo, á su intriga, á su deslealtad, se reunió bien pronto la insultante desvergüenza.

Cuando por sugeriones engañosas acababa de alejar al jefe supremo del Estado, cuando nuestros ejércitos se dejaban maniatar confiada y ciegamente, y cuando la débil autoridad aparecia menoscabada y cohibida por el extranjero, este quiso hacer público alarde de su predisposicion hostil de un modo intranquilizador.

Madrid se contemplaba entregado á sí mismo... ¡qué decimos! ¡entregado á merced de lo que quisieran hacer las prevenidas legiones de Napoleon Bonaparte!

En la conciencia de todos se agitaba la voz de alarma: en la razon de todos se explicaba tambien la tendencia de ciertos pasos, que si al principio buscaban ocultas vias, ahora ni siquiera merecian á quien los daba la prudente forma de la precaucion, del disimulo.

Joaquin Murat dió en revistar con particular frecuencia sus 40.000 hombres: dentro de los mismos muros de la villa verificó ciertos paseos militares que se distinguieron, para que nada les faltára, por el ruido atronador de centenares de cañones...

Otro pueblo más curioso hubiera encontrado en estos espectáculos belicosos, motivos grandes de soláz, de recreo y distraccion; pero sin duda el pueblo de Madrid no

es aficionado á gustar la perspectiva de ejércitos extranjeros, cuando estos buscan sus calles para campo de giros y maniobras.

Efectivamente, ese pueblo se hizo en aquella sazón tan avaro de los guijarros que cubrían sus calles, que no sin reconcentrado furor vió pasar y repasar sobre ellos, sobre los guijarros, aquellas cureñas cuyas ruedas habian cruzado tal vez el Egipto y retumbado en la cumbre de sus pirámides.

La actitud del generalísimo, hasta entonces individualizada, cundió á sus oficiales, y de estos á los simples soldados.

No pasaba día, no trascurría hora en que de ello no obtuviera el pueblo un nuevo testimonio.

Mientras ni en calles ni en plazas se veía un solo soldado nacional, porque los que guarnecían de un modo anómalo á Madrid hacían en sus cuarteles vida de anacoretas, los imperiales todo lo invadían, en todas partes abundaban.

Pero no era esto lo grave, sino que sus desmanes, contenidos hasta entonces, rompieron su dique. Este dique no habia sido otro que el corto disimulo de Murat.

Arrojada por fin la máscara, depuesta la ficción, y visibles en toda su desnudez las agresoras tendencias, pareció que los franceses se conducían ya como en país conquistado.

Después de todo, cualquiera de aquellos huéspedes cometía, por ejemplo, un desmán de esos que no toleran nunca las leyes más tolerantes de la hospitalidad.

El honrado ciudadano, indignado por la ofensa y conocedor de su derecho, acudía, como es natural, á sus autoridades en revindicación del agravio recibido. La de-

manda era justa: el agraviado, en uso de su razon y su derecho, conduciéndose muchas veces con una moderacion que le costaba no pequeños sacrificios del dominio de sí mismo, pedia justicia...

Los encargados de administrarla y garantirla volvíanse trémulos y confusos ante las demandas de los ciudadanos.

La pretension de estos valia tanto como esforzarse á sacar agua de un pozo exhausto, seco.

Los hombres de la justicia carecian de autoridad.— La autoridad estaba cohibida por un ajeno poder.

Por tanto, la espada de la justicia era una espada de caña en manos de los magistrados, cuando tenian que esgrimirla contra las huestes napoleónicas.

Compréndase ahora la situacion violenta, intolerable, tirantísima del pueblo de Madrid.

En las regiones más altas tenian lugar escenas, si no tan públicas y escandalosas, por lo ménos bastante depresivas, harto intranquilizadoras, asaz intolerables para el espíritu nacional.

Vamos á patentizarlo en este capítulo.

Habia llegado á noticia de Murat el duelo verificado entre Velarde, oficial español, y otro del ejército que aquel mandaba.

Presumimos que si la suerte hubiese sido adversa á nuestro capitan, el gran duque de Berg se abstendria de mediar en un asunto que tanto sostendria el honor de sus águilas.

Pero un triunfo sobre los suyos, aunque este triunfo fuese parcial, era un galardon para el mal contenido pueblo y una mengua para su orgullo y altanería.

Murat no pudo resistir, y terriblemente contrariado hizo llamar á D. Pedro Velarde.

El valiente artillero compareció ante la presencia del caudillo francés, completamente ajeno al asunto de que se iba á tratar, aunque desde luego sus conjeturas á la sola consideracion del extraño llamamiento, nada de favorable tenían.

Joaquin Murat le recibió con ostensible intencion de deslumbrar é imponer á nuestro bizarro militar.

Rodeaban al gran duque la mayor parte de los generales de su estado mayor.

Mas D. Pedro Velarde vió con perfecta tranquilidad aquella profusion de uniformes cuajados de oro y condecoraciones, sin que diese muestras de encontrar el menor contraste entre lo recargado de aquellos y la sencillez del suyo.

Entró y saludó al gran duque con gravedad y laconismo perfectamente militares.

Joaquin Murat le envolvió en una mirada que con todo su estudiado y persistente dominio no hizo á Velarde inclinar la suya, no arrogante hasta la imprudencia, pero sí bastante firme, natural y serena para que el ojo esperto del cuñado de Napoleon distinguiese con quién se las habia.

—Señor capitán, —exclamó, —estos dias habeis infringido de un modo inconveniente las terminantes órdenes que el mismo rey ha dado para que no se alterase la buena armonía que debe existir entre franceses y españoles.

Velarde observó con perfecta serenidad.

—Monseñor, no acierto con el significado que tienen las palabras que acabo de oír de V. A.

—¡Demasiado sabeis á qué me refero! —gritó Murat.

—Gran duque,—repuso Velarde ofendido,—con el profundo respeto que exige la superioridad de V. A., debo advertirle bien á pesar mio que el capitan D. Pedro Velarde tiene en mucho su honra para faltar nunca á la verdad. Así, pues, repito á V. A. que no acierto á comprender el valor de las palabras que he tenido el honor de oír.

El general se sintió como humillado por la leccion que acababa de recibir por boca del capitan español, y se mordió los lábios con despecho.

Los oficiales generales que le rodeaban, acostumbrados á inclinarse ante la voz imperiosa de su jefe, miraron la para ellos tan atrevida energía con que de un modo respetuoso acababa de volver al cuerpo del gran duque las inmoderadas frases proferidas.

Este replicó dominándose con gran trabajo:

—Me refiero, señor capitan, al duelo que habeis tenido con uno de mis oficiales.

—Siento,—dijo Velarde,—que se hubiese incomodado á V. A. dándole una noticia que á la verdad debió habersele ocultado por su misma insignificancia.

—No es tan insignificante como decís, señor Velarde; tengo por cierto que habeis provocado á vuestro contrario.

—Siento nuevamente decir que han informado mal á V. A., mi contrario es quien nos ofendió á mis compañeros y á mí.

—Tambien sé,—añadió Murat,—que le habeis herido, y que por cierto no fué con la legalidad que debia esperarse de vos.

Velarde tembló y se volvió rojo de cólera, pero repeniéndose contestó con despechado acento:

—Si la falta de legalidad consiste en haberle hecho generosamente gracia de la vida, cuando he podido atravesarle veinte veces el corazón, admito, gran duque, esa ilegalidad que tanto favorece á un hombre de honor.

—¡Creo que exagerais, señor Velarde!—replicó Murat.

—He dicho á V. A. que no sé mentir: ahora repito que no miento ni exagero... Temo que el lenguaje de V. A. no es muy bien sonante que digamos á los oídos de un oficial español; y si esto ha de continuar así, os pido vuestro permiso para retirarme, monseñor.

—Tened en cuenta, capitán, que faltáis á la ordenanza hablando de ese modo á un superior vuestro.

—Pues porque reconozco un superior en V. A., os suplico me permitáis retirarme: de otro modo, monseñor, y á tratarse de otra persona ménos alta, os lo digo con el mayor respeto, habria prescindido de semejante súplica.

El duque de Berg se sintió nuevamente desconcertado, y en su interior deploraba la escena que acababa de provocar tan imprudentemente.

Las mesuradas, pero enérgicas frases de Velarde, bajo un fondo de forzoso respeto, envolvieron una especie de reto que si el generalísimo no podia oír sin castigar al que lo dirigia, tampoco eran para olvidadas para un hombre que tanto presumió de valiente.

Murat creyó que al rodearse de su estado mayor conseguiria confundir al modesto militar; pero su poco tacto en conducirse, á él fué á quien produjo un desconcierto por demás enojoso. Dos veces habia intentado humillar al digno artillero; pero éste le habia devuelto con esquisita delicadeza sus palabras ofensivas.

Murat fingió que se interrumpia para despachar negocios de importancia, y con tales pretextos consiguió des-